

LA OBRA DE ALFONSO REYES

LA EMPRESA DE SU GENERACIÓN LITERARIA

Era Alfonso Reyes el benjamín de aquella notable y todavía no superada generación de escritores que formó hacia 1910 el Ateneo de la Juventud y que, al emprender una revolución intelectual paralela a la política y social que por entonces se iniciaba, fundaría las bases de la cultura contemporánea de México. Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña eran los maestros de aquel grupo excepcional; Enrique González Martínez y Luis G. Urbina, los "hermanos mayores", y junto a ellos se convertían en maestros José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Julio Torri, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Alejandro Quijano, Genaro Fernández Mac Gregor, Luis Castillo Ledón, Ricardo Gómez Robelo.

El mismo Reyes ha reseñado (1) las principales fases de aquel movimiento renovador de ideas. La primera campaña, todavía en el ámbito estético del Modernismo, fué la publicación, en 1906, de *Savia Moderna*. En el mismo año, se efectúa la exposición de pintura organizada por esa revista y animada por el "Dr. Atl", recién llegado de Europa, en la que se daría a conocer Diego Rivera. "Por 1907 —cuenta Alfonso Reyes—, un oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas en el

(1) Alfonso Reyes, "Pasado Inmediato", en *Pasado inmediato y otros ensayos*, El Colegio de México, México, 1941, pp. 3-64.

kiosco público... Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó 'buenos hijos de Grecia'. La *Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatarse la enseña, y la gente aprendió a respetarnos." (2) Suspendida la publicación de la revista *Savia Moderna*, la actividad continuó ahora a través de una Sociedad de Conferencias. "El primer ciclo se dió en el Casino de Santa María. En cada sesión había un conferenciante y un poeta. Así fué extendiéndose nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fué franco." (3) "La afición de Grecia —sigue narrando Alfonso Reyes— era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fué entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo" (4) En 1908, ante los ataques de los conservadores, se honró la memoria de Barreda y se dió expresión a una nueva conciencia política, ya emancipada del régimen dictatorial. Tras de un segundo ciclo de conferencias, en el Conservatorio Nacional, vienen, en 1909, las memorables conferencias de Antonio Caso que liquidan la vigencia del Positivismo, doctrina oficial del porfiriato, y abren nuevos horizontes filosóficos. A fines del mismo año se funda el Ateneo de la Juventud, concreción definitiva del grupo, que sesiona quincenalmente, durante varios años, en la Escuela de Derecho. Sus actividades públicas más importantes continúan siendo las conferencias y en ellas predomina la preocupación por la valoración crítica de la cultura mexicana e hispanoamericana. Son

(2) *Ibidem.*, p. 49.

(3) *Ibidem.*, p. 50.

(4) *Ibidem.*, p. 50.

particularmente significativas a este respecto las que organiza el propio Ateneo de la Juventud en 1910, en la Escuela de Derecho: *La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos*, por Antonio Caso; *Los Poemas Rústicos de Manuel José Othón*, por Alfonso Reyes; *La obra de José Enrique Rodó*, por Pedro Henríquez Ureña; *El Pensador Mexicano y su tiempo*, por Carlos González Peña, *Sor Juana Inés de la Cruz*, por José Escofet, y *Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas*, por José Vasconcelos. Años más tarde, Francisco Gamoneda promueve, en la Librería General, una nueva serie de conferencias: *La literatura mexicana*, por Luis G. Urbina; *Música popular mexicana*, por Manuel M. Ponce; *La novela mexicana*, por Federico Gamboa, y *La arquitectura colonial mexicana*, por Jesús T. Acevedo. Dentro del mismo impulso intelectual puede comprenderse un ensayo de Alfonso Reyes publicado por estos años, *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX* (1910).

En el mismo año del centenario de la Independencia, Justo Sierra funda la nueva Universidad Nacional y organiza, dentro de ella, la Escuela de Altos Estudios. En su magno discurso de inauguración, el maestro Sierra fija no sólo la empresa que toca a aquella institución sino la empresa cultural del México que entonces nace. Ya iniciada la Revolución, todavía se mantiene por algunos años la actividad de los ateneístas a pesar de que su dispersión se ha iniciado. Caso inicia sus brillantes cursos filosóficos en la Universidad, González Martínez, Henríquez Ureña y Reyes enseñan literatura en la Escuela de Altos Estudios y, en 1912 los que aún quedan en México, y nuevos aliados, fundan la Universidad Popular, "escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias". (5) El escudo

(5) *Ibid.*, pp. 59-60.

de la Universidad Popular, cuya obra duraría diez años, tenía por lema una frase de Justo Sierra: "La Ciencia protege a la Patria."

El mensaje espiritual y el nuevo ideario que fueron postulados por los escritores que se agruparon en el Ateneo de la Juventud contenían, como habrá podido advertirse, un amplio repertorio de intereses destacados y un firme propósito moral. Aquellos pueden resumirse como sigue: interés por el conocimiento y estudio de la cultura mexicana, en primer término; interés por las letras clásicas; interés por las grandes figuras literarias españolas de los Siglos de Oro y por las letras inglesas y francesas antiguas y modernas; interés por las nuevas direcciones del pensamiento filosófico; interés por el nuevo espíritu crítico para el examen de las obras literarias y filosóficas; interés por el pensamiento universal que podía mostrarnos la propia medida y calidad de nuestro espíritu; interés por la integración de la disciplina cultivada en el cuadro general de las disciplinas del espíritu. El propósito moral, que acaso no necesitó enunciarse, fué el de emprender toda labor cultural con una austeridad que pudo haber faltado en la generación inmediata anterior. Los nuevos escritores no se confiaron ya a las virtudes naturales de su genio ni se entregaron, seguros de su gloria, a los placeres de la bohemia; percatados, por el contrario, de la amplitud de la tarea que se habían impuesto, conscientes de sus deberes cívicos tanto como de su responsabilidad humana, alentados por los ejemplos venerables de heroísmo moral e intelectual con que se nutrían en aquellas lecturas colectivas cuyo ejemplo perdura, los ateneístas mudaron radicalmente los ideales de vida de sus predecesores por otros, si menos brillantes, más fértiles para su formación intelectual.

Al preguntarse cuál sería el espíritu distintivo del grupo, Henríquez Ureña contestaba que sin duda era el filosófico, y así puede confirmarlo la condición esencial de las obras de los más conspicuos ateneístas: Caso, Vasconcelos, Reyes. En ocasiones, como

la obra del maestro Caso, ésta es exclusivamente filosófica. En las de Vasconcelos y Reyes, se unen las proyecciones filosóficas y aun científicas con las literarias, y en las de todos los demás ateneístas puede apreciarse siempre, junto a la obra de creación, la huella humanista, intelectual y crítica que caracteriza al grupo.

EL INVESTIGADOR Y EL DIPLOMÁTICO

Tal fué la formación intelectual de Alfonso Reyes, que, benjamín de su generación (había nacido en Monterrey, 1889), llegaría a convertirse en el representante más característico de sus virtudes e intereses culturales. Porque si otros ateneístas, como Vasconcelos, Guzmán o González Peña, tienen en sus obras proyecciones que escapan o contradicen las del Ateneo, Reyes, en las varias etapas de su larga y admirable obra habría de llevar al máximo de sus posibilidades y a su mayor esplendor el espíritu del Ateneo.

Tras de estos decisivos años ateneístas, Alfonso Reyes sale a Europa. Luego de desempeñar un puesto diplomático en Francia, va a España donde permanecerá de 1914 a 1924. Allí servirá de nuevo cargos diplomáticos, pero, al mismo tiempo, cumplirá una nueva etapa de su formación literaria su adiestramiento como investigador filológico en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, dirigido por don Ramón Ménendez Pidal. Sus compañeros son maestros luego ilustres: Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Federico de Onís, Antonio G. Solalinde. Escribe entonces periodismo, es uno de los redactores de *El Sol* y colaborador de planta de la *Revista de Filología Española*. Ha conquistado ya una técnica y un espíritu de investigador que darán a sus obras un rigor y una solidez que permanecerán, aun invisibles, si las disimulan todas las gracias de su ingenio.

En los años siguientes, afirma su sentido universal con nuevos viajes, ahora como Ministro Plenipotenciario y luego como Emba-

jador, y largas permanencias, otra vez en Francia y en España, y en Argentina y Brasil, países que dejarán huella en su obra. Otras comisiones diplomáticas lo hacen conocer el Uruguay y Chile, y al fin, a principios de 1939, regresa a México para emprender la opulenta cosecha que, aunque no había dejado de dar sus frutos en los años de viajero, ahora, de nuevo en su patria y asentado definitivamente el hermoso templo de su trabajo —su rica biblioteca y sus archivos—, multiplicará un ritmo que había sido siempre generoso. Desde aquel año de su retorno hasta el presente, ninguno ha pasado sin que salgan de las prensas de México, de la Argentina de España y de los Estados Unidos, un nuevo libro, si no varios, de Alfonso Reyes.

LAS GRANDES DIRECCIONES DE SU OBRA

Ya en los principios literarios de Alfonso Reyes, en aquellas celebradas y juveniles *Cuestiones estéticas* (1911), pueden descubrirse los gérmenes de las grandes direcciones que seguirá su monumental obra posterior. La cultura clásica, la investigación teórica de la literatura, las letras españolas, francesas, inglesas y mexicanas, la fantasía y el ensayo, Goethe y Mallarmé, aficiones que frecuentará y desarrollará en sus libros siguientes, tienen en aquel de su juventud un afortunado nacimiento. Como entonces se anunciaba, ensayista habrá de ser primordialmente Alfonso Reyes, aunque haya quien le repute, en atención a su hermosa obra lírica, ante todo poeta, y cultive también la prosa narrativa y el drama. Alerta su curiosidad hacia todos los rumbos, atento siempre a las manifestaciones del espíritu allí donde surjan, conquistador y propagador de las tradiciones fundamentales de la cultura, universal y enciclopédico, maestro en todos los registros de la pluma, Alfonso Reyes realiza en México el más cumplido ejemplo del hombre de letras.

LIRICA E IMAGINACIÓN

Cabal hombre de letras, Alfonso Reyes adorna los prestigios

de su pluma con una poesía que, aunque cultivada junto a muchas otras disciplinas, las ilumina a todas y posee una calidad y una significación tan considerable como el resto de su obra. En la historia de las letras mexicanas, el lugar de su obra poética no puede limitarse exclusivamente dentro de la generación ateneísta, cuya afición lírica fué secundaria. *Huellas* (1922), el primer libro de versos de Reyes, aparece ya lejos de los días del Ateneo, aunque incluya composiciones fechadas entre 1906 y 1919; y, por otra parte, el carácter de la poesía de aquel libro y de todos los posteriores, rebasará la estética de los años iniciales del siglo para venir a enlazarse con la más reciente. En pocas obras poéticas nuestras se ostenta tan exquisita y cultivada sensibilidad como en la de Alfonso Reyes. Nada ocurre en ella por acaso, aunque todo surja como una canción libre y flúida que reúne con acierto único los polos del hermetismo y del popularismo. Pero acontece que su lírica no sólo está educada en Góngora y Mallarmé sino en toda la gran poesía del mundo, y por ello puede ser, cuando quiere, popular, pero popular fincada en las más finas raíces tradicionales y buída de los más sutiles refinamientos. Su poesía es la de quien ha frecuentado mucha vida y mucha literatura y ha aprendido a reservar lo más puro, fugitivo, estremecedor y delicioso para esa comunicación de lo inefable. Más, al mismo tiempo, y como una nueva prenda de la universalidad de su espíritu, sabe también pulsar como un maestro las demás cuerdas de la lira. Su certero gusto le permite servirse confiadamente de lo pintoresco, lo anecdótico o lo coloquial, por ejemplo —registros ausentes en la mayoría de las obras de nuestros poetas— y que él aprovecha con una sabiduría que le hace conocer aquello que sigue y seguirá siendo poesía por encima de las modas actuales, con exceso restringidas en sus temas y formas. Pero si es por igual afortunado en los versos de circunstancias de *Cortesía* (1948) que en aquellos que guardan el aroma sentimental de sus viajes; y en los divertimientos literarios lo mismo que en las evocaciones de temas clásicos, hay

en su poesía una veta de hermosura singularmente feliz: la que deja fluir la música íntima de su melancolía en romances que han llegado a crear, dentro de la forma tradicional, un género nuevo, de interiorizada y sutil melodía.

Sitio destacado en su vasta obra tiene *Ifigenia cruel* (1924), el hermoso poema dramático, que junto a su valor teatral y a su importancia como recreación del mito heleno, sobresale por su poderoso lirismo y por cuanto nos ayuda a la comprensión psicológica de su autor. Sublimando en el molde de la antigua leyenda su propia aventura, Reyes acertó a realizar una de sus obras de más perdurable y profunda emoción poética.

En dos volúmenes recientes, *Verdad y mentira* (1950) y *Quince presencias. 1915-1954* (1955) reunió Alfonso Reyes la mayor parte de sus escritos narrativos o de fantasía, desde los de *El plano oblicuo* (1920) hasta *Los siete sobre Deva* (1942), pasando por *La casa del grillo*, *El testimonio de Juan Peña*, *Pasión y muerte de Dona Engraçadinha*, *Fábula de la muchacha y la elefanta*, y otros relatos sueltos, algunos de ellos publicados aquí por primera vez. Estos cuentos, diálogos y narraciones tienen una condición especial dentro del género de ficción. Se apartan por lo general de la prosa narrativa pura —traslúcida, que sólo quiere servir de invisible puente para trasladar al lector al mundo y a los hechos que cuenta—, para entregarse, en cambio, a los atractivos de la imaginación, al deleite mismo del narrar y al juego de la prosa. Su autor no puede ocultar su condición esencial de poeta y ensayista para quien las palabras son tanto significados y significantes como también magia y música. Acaso por ello las ficciones de Alfonso Reyes parezcan más aptas para crear situaciones y climas, cargados de alusiones de sutiles observaciones, cargados de humanidad y de sentido novelesco, que no para conducir una narración, con lo que dejan de ser en verdad "cuentos", por el otro extremo del género. Pudiera, pues, decirse de estos cuentos y narraciones que, en su mayor y más representativa porción, son ensayos y fantasía acerca